

personage de que tratamos. De resultas de la fuga del rey de Tuilleries en la noche del 20 al 21 de junio 1791 y su prision en Varénnes, todos los partidos se habian puesto en movimiento y pedian en alta voz la deposicion del rey. Para esto se reunió un inmenso gentío en el campo de marte á fin de firmar una peticion que habia de depositarse en el altar de la patria. Luego que lo supo Bailly, acudió con un destacamento considerable de tropas, con ánimo de proclamar la ley marcial y dispersar el tumulto. Fué menester repeler la fuerza con la fuerza y trabar una especie de combate en que se derramó alguna sangre, en todo lo cual no hizo Bailly otra cosa que obedecer un decreto que se habia expedido el dia anterior. Ciertamente no habia dependido de él ni prevenir ni evitar su ejecucion, como que solo habia obrado en virtud de orden del consejo municipal, sin haber podido siquiera hacer las intimaciones prescritas por la ley, sino entre una nube de pedradas. La misma asamblea nacional á quien dió cuenta de este lamentable suceso, aprobó su conducta, pero con todo eso, desde aquel instante perdió toda su popularidad, y al momento ofreció su dimision al cuerpo municipal. No quiso este cuerpo aceptársela y le fué preciso continuar hasta el mes de noviembre de aquel año en que le sucedió Pethion.

Retirado entonces en las cercanias de Melun, no salió de su soledad sino para venir á declarar como testigo en el proceso de María Antoneta, del cual resultaba que habia habido una correspondencia entre él y esta señora. Bailly negó que fuese cierto, aunque se ha querido decir que no contento con negar el punto que le concernia, habia dicho tambien que todos los demas cargos eran un tejido de falsedades. Lo cierto es que pocos dias despues fué denunciado el mismo y obligado á presentarse ante el tribunal revolucionario. Conducido desde Melun á Paris, le encerraron por de pronto en las Magdelonetas y desde alli le trasladaron á la Consergeria, para comparecer el dia 10 de noviembre 1795, por el crimen de haber mandado disparar contra el pueblo. Condenado á muerte, le condu-

geron el dia 21 del mismo mes, que correspondia entonces al 22 de brumario, á la esplanada que separa el campo de marte de la orilla del Sena. Pusieron en su misma carreta la bandera encarnada que habia servido para proclamar la ley marcial y la quemaron al pie del cadalso. Entre tanto el infeliz estaba calado de agua, pues le habia venido lloviendo encima desde la consergeria hasta el lugar del suplicio. «Parece que tiemblos, le dijo uno de aquellos infames que iban á insultar á los sentenciados. «á muerte:» si tiemblo, respondió Bailly, pero es de frio» y en seguida subió al cadalso con paso firme. El 18 frimario del año 5 de la república decretó el consejo de los quinientos que la viuda de Bailly sería asimilada á las viudas de los representantes que habian muerto por la república y se la señaló una pension que solo disfrutó tres años.

PAGINA 46.

20. La historia de Mirabeau está todavia por hacer, y acaso es una fortuna; porque viviendo todavia algunos que fueron testigos y tal vez actores en los grandes dramas que pasaron en las asambleas legislativas, el que para algunos sería un grande hombre, sería para otros un mero revolucionario digno de la execucion de su siglo. Solo tenemos acerca de este gran orador algunas memorias ó recuerdos, muy incompletos, muy varios y muy distintos unos de otros. Segun unos Mirabeau no era mas que un cenagal impuro de todos los vicios y una especie de gigante de todos los desórdenes: un infame *Lazzarone* parlamentario que se hacia pagar por la corte en buenas monedas de oro, y por el populacho en aplausos y aclamaciones. Segun otros Mirabeau aparece como un piloto atrevido que empuña el timon de una nave combatida por una horrorosa tempestad, ó como un hombre á quien el destino arroja para interponerse entre un trono que cae y el poder anárquico que se subleva y amenaza destruirlo todo.

La verdad es que este es uno de aquellos hombres muy

difíciles de comprenderse y mas aun de pintarse con rasgos generales, cuya historia está reservada á otro siglo en que hayan desaparecido las pasiones contemporáneas. Contentémonos pues con referir las principales acciones de la vida de este hombre que se levantó como un ástro para alumbrar á la revolucion que nacia, y que con su muerte la dejó sepultada en las tinieblas de la obscuridad, que son siempre la causa de los desórdenes, de las revueltas y de los crímenes.

Honorato Gabriel Riquetti, conde de Mirabeau nació en Bignon el 9 de marzo 1749. Ya desde su infancia empezaron á manifestarse las señales de un temperamento fuerte y enérgico, acompañado de una inteligencia muy precoz. Aprendió el latin y un ligero conocimiento de los clásicos al lado de un preceptor, y luego le pusieron sus padres en un colegio militar donde estudió las matemáticas puras con el célebre Lagrange. De allí salió á la edad de 17 años para entrar en clase de voluntario en un regimiento de caballería, y en los ratos que le dejaba ociosos su nueva profesion, se dedicó al estudio con aquel ardor insaciable que no podia evitar en todos los ejercicios del cuerpo ó del espíritu. Mas ya desde aquella época principiaron para él las luchas y los combates en que le veremos siempre envuelto, ya contra los sucesos, ya contra los hombres, ya consigo mismo. La de entónces fué suscitada por su propio padre y llevada á tal encarnizamiento, que llega á poner en duda los sentimientos de la naturaleza, ofreciendo á la vista pública el escándalo de las mas infames acusaciones de uno contra otro. No hay duda en que una gran parte de los estravíos de Mirabeau durante su juventud deben atribuirse al despotismo poco ilustrado de su padre; y como su injusta severidad dió márgen á tantos sucesos, no parecerá inoportuno que le demos á conocer sumariamente.

El marques de Mirabeau, cuyo nombre era Victor Riquetti, habia nacido en Perthuis el dia 5 de octubre de 1715, de una antigua familia de Florencia que con motivo de las turbulencias del siglo XIV se habia refugiado en la

Provenza. Devorado de ambicion y del deseo de hacer papel, se vino á Paris y se afilió en la escuela de los economistas que entónces estaba muy en voga. Publicó diferentes escritos, segun las doctrinas de Quesnay, que merecieron poca aceptacion asi por su estilo trivial como por las exageraciones ridículas de que estaban llenos, en que se disimulaba muy mal el charlatanismo filosófico, bajo las apariencias de una sencillez grosera y estudiada. Sin embargo de eso la *teoría de los impuestos* atrajo sobre él la atencion pública solo por haberle valido los honores de la Bastilla. Cuando el rey de Suecia estuvo en Paris le hizo la honra de visitarle en su casa como á otros muchos hombres de talento, lo cual aumentó sobremanera su orgullo. En medio de que afectaba en sus libros las ideas mas generosas, era en el fondo uno de los mas bajos cortesanos de los ministros y un déspota insoportable para todos los que estaban á sus órdenes. Tan egoísta como avaro y libertino, mantenía varias queridas y le reusaba á su hijo, de quien estaba celoso, hasta las cosas mas necesarias. A su pobre muger, que le habia traido 50,000 francos de renta en dote, la tuvo encerrada doce años, y en una palabra obtuvo á fuerza de bajezas 54 mandatos de prision (*lettres de cachet*) contra su propia familia, con quien no cesó nunca de estar en pleitos, Tal era el famoso *amigo de los hombres*, que es como se firmaba en todos sus escritos. Por fin se murió el dia 15 de julio 1789, vispera de la toma de la Bastilla, que fué el primer acontecimiento de la revolucion y abrió un nuevo orden de cosas en que su hijo debia hacer un papel tan brillante.

El primer enemigo pues que encontró Mirabeau fué su propio padre, el cual con ocasion de una aventura amorosa que dió bastante que hablar, obtuvo *el amigo de los hombres* contra él una orden para encerrarle en la isla de Rhé, y aun estaba empeñado en enviarle á las colonias holandesas, sino hubiera mediado el empeño de algunos amigos. Cuando salió de esta prision le enviaron á Córcega, donde sirvió con distincion y obtuvo el despacho de capitan de dragones. Entónces escribió á su padre pi-

diéndole que le comprase un regimiento, pero este le respondió con severidad que ni Bayardo ni Duguesclin habían principiado así su carrera. Disgustado de ella y terminada la pacificación de Córcega, volvió Mirabeau á Francia, y procuró volver á entrar en la gracia de su padre, quien le envió al Limosino para que cuidase de mejorar sus tierras y seguir varios pleitos pendientes. Ya se deja discurrir que semejantes ocupaciones no serian muy del gusto de Mirabeau, y así trató de volverse muy pronto á Paris, donde tornó á descomponerse con su padre por disputas sobre cuestiones económicas. Marchóse á la Provenza, donde tuvo la fortuna de casarse el año 1772 con una señorita hermosa y rica llamada Mad.^{lle} de Mairignan. Mas apenas se vió con proporciones para satisfacer su inclinacion á gastar, fueron tales los escesos de prodigalidad á que se entregó, que al cabo de dos años le hizo su padre interdecir la administracion de sus bienes y confinarle en su hacienda de órden del rey.

Viéndose privado de la libertad, tomó la pluma y escribió con las tintas del resentimiento su *ensayo sobre el despotismo* en que se echa de ver á vueltas de algunos trozos enérgicos y razonados, el desórden y la fuerza de sus ideas. Pero un suceso inesperado vino á agravar su posicion y hacer mas pesadas sus cadenas. Con motivo de haber insultado á su hermana un caballero insolente, quebrantó su destierro para venir á castigarle, cosa que en lugar de agradecer su padre, pues cedía en honor de su familia, suscitó una nueva queja contra él y logró encerrarle en el castillo de If, de donde le trasladaron al fuerte de Joux en 1776. Mas como Mirabeau tenia naturalmente tanto talento para seducir y una conversacion tan hechicera, no tardó en ganarse todo el afecto del gobernador, quien le dejó la ciudad de Pontarlier por carcel. Allí hizo conocimiento con una señora hermosa y jóven llamada Sofia de Ruffei, que estaba casada con un viejo sesenton, el marques de Alonmier, antiguo presidente del tribunal de cuentas de Dole. Apenas puede decirse que tuvo tiempo para seducirla y ya aquella rela-

cion le ocasiona nuevos disgustos, porque la familia de Sofia, su esposo ultrajado y su padre, á quien siempre se encontraba pronto para perseguir á su hijo, se reunieron para solicitar la reparacion de aquella nueva injuria. No le quedaba á Mirabeau otro recurso que la fuga, segun le aconsejó Mr. de Malesherbes al dejar el ministerio. Se refugió en Suiza, á donde vino á buscarle su amante y juntos pasaron á Holanda. Siguióse entretanto la causa en rebeldía, y el parlamento de Besanzon le condenó á ser decapitado en estatua, como culpable de rapto. No dejó de ser bastante triste la vida que pasaron en Holanda, donde para mantenerse le fué preciso á Mirabeau ponerse á sueldo con los librerros, vendiendoles su pluma. Entonces fué cuando supo que su padre le acusaba de haber profanado su lecho; calumnia que le llegó al alma, y que le hizo publicar contra su acusador unos folletos llenos de hiel en que respondía á aquella odiosa imputation con otras, tal vez igualmente falsas.

Entretanto las necesidades crecian, y no alcanzando sus escritos para satisfacerlas, concibió el proyecto de embarcarse para América, pero le faltó tiempo porque ya se habia solicitado y obtenido su extradicion, y así fué sacado de Amsterdam con su cómplice que purgó su culpa con una larga prision en una casa de recogidas. A Mirabeau le encerraron en Vincennes, donde permaneció tres años y medio, trabajando sin cesar y escribiendo sobre todo lo que le venia á la imaginacion. Unas veces considerando las cartas selladas (*lettres de cachet*) y las *prisiones de estado* en sus relaciones con el derecho natural: otras imitando á Boccacio, á Tibulo y á Juan Secund, escribiendo *cartas á Sofia* en que la pinta su passion con los colores mas fuertes y vehementes: otras abandonando su fantasia á todos los delirios que engendra la soledad, componia la *Erotica Biblion* y *Mi conversion*, obras licenciosas, en que no basta todo el talento de un Mirabeau para hacer perdonar el cinismo.

Ultimamente alcanzó su libertad, pero no se estinguó el odio en su cruel padre, pues que volvió á acu-

sarle de nuevo de haber escrito libelos injuriosos contra su madre, cuya acusacion no tuvo resultado alguno. Entonces el primer uso que hizo de su libertad fué ir á constituirse preso en la carcel de Pontarlier para purgar su contumacia, consiguiendo que se anulase la sentencia que le habia condenado á él y á su amante. El triunfo fué completo en aquella causa; mas no sucedió lo mismo en la que poco despues instauró para volver á reunirse con su muger que acababa de heredar seis mil escudos de renta.

Viéndose sin recursos, partió para Londres en 1784 con una holandesa que habia sucedido á Sofia y allí publicó en frances y en ingles sus *Consideraciones sobre la órden de Cincinato*, cuya obra habia principiado en Paris. De vuelta á Francia, puso su pluma á disposicion de los banqueros y asentistas, sosteniendo, con ocasion de la empresa de traer aguas á Paris, una polémica muy viva contra Beaumarchais, que le contestaba siempre con extraordinaria moderacion. Llegó á captarse la voluntad del ministro Calonne, el cual no tuvo reparo en enviarle con una mision secreta á Berlin; pero Federico Guillermo, que temia escuchar las observaciones peligrosas de semejante enviado, le dió órden de salir de sus dominios. A su vuelta se le antojó publicar una *denuncia del agiotage al rey y á los notables*, cuyo papel le valió otra nueva persecucion y la orden de S. M. para ser encerrado en el castillo de Saumur. Escondiose Mirabeau, y desde su escondite, lanzó otro folleto intitulado *segunda parte de la Denuncia* que le dió mayor celebridad que lá primera, así por la energia de su estilo como por la abundancia y buena eleccion de las razones.

Principiaba ya á lucir la estrella de su fortuna política, que adquirió un nuevo brillo con la publicacion que hizo en 1788 de la importante obra sobre *la monarquía Prusiana*, á que siguió muy pronto la *historia secreta del gabinete de Berlin*. En ella descubria muy á las claras las maniobras y recursos de los principes estrangeros, de lo cual se quejó el cuerpo diplomático y pidió satisfaccion

que le fué otorgada, mandando que el folleto fuese quemado por mano del verdugo. Pero este fué el último acto de severidad que se ejerció contra Mirabeau, empezando desde entonces una nueva existencia mas digna de él y abriéndose una vasta carrera política, á la cual se habia preparado con sus profundos estudios, su actividad y sus muchas relaciones. La convocacion de los estados generales le puso en el caso de dictar leyes y tomar el ascendiente que le correspondia.

Grandes eran las prevenciones que habian engendrado contra él en aquella época sus escandalosos pleitos, su conducta pródiga, sus prisiones y sus desavenencias con la familia. Sus mismas cualidades eran temibles en una época tan fecunda en sucesos y tan espuesta á todo género de crímenes. Esta fué la causa porque la nobleza le repelió de su seno, y tal vez tambien la que le hizo adoptar por el estado llano, obteniendo el nombramiento por dos ciudades, que fueron Marsella y Aix. Optó por esta última y antes de presentarse en Versalles, recorrió en triunfo la Provenza. Mas cuando se presentó en el salon el dia de la apertura, se suscitó un rumor de desaprobacion que no tardaron en acallar sus atrevidas miradas y su posado modo de adelantarse hasta su asiento; porque desde que entró en aquel recinto presentia su fuerza y el influjo que habia de adquirir en él. Desde las primeras sesiones empezó á manifestar su energia en las disputas que se suscitaron entre el estado llano y las otras dos órdenes, proponiendo que los diputados tomasen el nombre de *representantes del pueblo*. Cuando en la sesion real del 25 de mayo se dió órden á la asamblea para que se disolviese, y cuando solos los diputados de los pueblos se resistian y conservaban su puesto, él fué quien tomó sobre sí la responsabilidad de la resistencia diciéndoles: « Señores, pido que cubriéndoos de vuestra propia dignidad y de vuestro poder, os cinais á la religion « de vuestro juramento, el cual no os permite separaros « sin haber hecho antes la constitucion. » Dichas estas palabras, insistió el marques de Brezé, gran maestro de

ceremonias, porque se ejecutase la orden del rey y ya puede verse en el texto lo que le contestó.

No contento con eso, hizo proposición para que la asamblea declarase la inviolabilidad de los diputados, lo cual se votó acto continuo, y en una palabra desde aquel día fué reconocido por tribuno del pueblo. Fácil es de concebir la impresión que harían estos rasgos de audacia así en la corte como en los oyentes, aunque en diferente sentido. Tratóse de cercar la asamblea con tropas, pero la revolución marchaba á pasos largos y ya andaban de boca en boca las palabras de *derechos, regeneracion, libertad* y ya caía á los esfuerzos del pueblo la Bastilla, aquel antiguo monumento del poder absoluto. El rey se asustó mucho y pidió esplicaciones á la asamblea que quiso enviarle una diputación. Entonces se levantó Mirabeau y les dijo á los comisionados. « Decidle al rey y repetidle que « las hordas extranjeras de que estamos rodeados, han « recibido ayer la visita de los príncipes y de las princesas, de los favoritos y de las favoritas de su corte, y « sus caricias y sus exortaciones y sus regalos. Decidle « que toda esta noche han estado esos satélites extranjeros, nadando en oro y en vino, prediciendo en sus « canciones impías la servidumbre de la Francia. . . . « Decidle que en su mismo palacio los cortesanos han mezclado sus bailes con esta música impía, y que esto mismo fué lo que precedió á la horrible escena de San « Bartolomé. »

Mas el rey habia determinado presentarse él mismo y sin escolta en el seno de la asamblea; cuyo rasgo de confianza iba á suscitar universales aplausos. « Despacio, « dijo Mirabeau, con gravedad, aguardad á que el rey « nos haya manifestado sus intenciones. Recibasele con « un triste silencio en este doloroso momento: el silencio « de los pueblos es la lección de los reyes. »

Seria demasiado prolijo ir siguiendo toda la marcha de Mirabeau durante aquellas memorables circunstancias, y mas pudiéndose consultar en la historia. Pero baste decir que siempre estuvo en primera fila rechazando todos

los obstáculos que se oponían á la revolución, atemorizando á la corona y electrizando á la asamblea con sus discursos. En cuanto á sus principios políticos puede decirse que no tenia ninguna idea fija, sino que ulcerada su alma con las humillaciones que le habian hecho sufrir diferentes géneros de despotismo, necesitaba vengarse de los desdenes y de las injurias que le habian hecho padecer. La primera que se encontró á su paso fué la corona, y la corona fué la primera que espermentó los efectos de su orgullo irritado. Así es que no perdía ocasion de humillarla y hacerla sufrir aquellas amargas mortales que, segun la espresion de Bossuet, causaba á los reyes la presencia del gran Condé.

A pesar de todo esto no era la intencion de Mirabeau acabar con la monarquía, antes bien declaró en la asamblea, cuando se abrieron los debates sobre la constitucion, que preferiria vivir en Constantinopla, primero que en Paris, si en la formacion de un nuevo poder legislativo no se admitía la sancion real. La frase siguiente, que es toda suya, puede esplicar cuales eran sus disposiciones y su conducta. « Yo he querido libertar á los franceses de la supersticion de la monarquía, para sustituirla « un culto. » Es muy probable que luego que Mirabeau hubo satisfecho sus resentimientos, no tardó en conocer que el torrente popular se engrosaba demasiado, y que era preciso darle salidas menos peligrosas, aunque sin indignarle.

Lo cierto es que poco despues se estendió la voz de que estaba vendido á la corte así como ya antes se habia dicho que era un agente del duque de Orleans. El no se acobardó con este ataque de los enemigos de su talento y de su poder, sino que respondiendo á Barnave le dijo. « Yo tambien he sido llevado en triunfo y no por eso dejan de ir publicando por las calles *la gran traicion del conde de Mirabeau*. Ninguna necesidad tenia yo de este « ejemplo, para saber que no hay mas que un paso desde « el Capitolio á la roca Tarpeya. » En otra ocasion en que se proponia una ley contra los emigrados, habiendo sido in-

terrumpido diferentes veces por los furibundos, se volvió á ellos y les dijo. « Esa popularidad que yo he ambicionado y de que he disfrutado como otros no es mas que una debil caña; pero yo la plantaré en la tierra y la haré florecer sobre el terreno de la justicia y de la razon... juro que si se hace una ley contra la emigracion, no la obedeceré. » Con estos y semejantes rasgos de elocuencia es como dominaba en la asamblea é imponia silencio á sus enemigos. « *Guarden silencio esas treinta voces* les dijo un día mirando al banco en que se sentaban Barnave y los hermanos Lameth, que no se atrevian á sacudir su yugo dictatorial.

Pero la continuacion de estas luchas, unida á los excesos de trabajo y de placeres, habian minado la fuerza de su temperamento. No tardaron en manifestarse sintomas funestos que anunciaban su próximo fin y bien pronto empezaron á inquietarse el pueblo, la asamblea y hasta la misma corte, que enviaba diariamente á saber noticias de su salud. El solo era quien conservaba tranquilidad en medio del peligro en que se hallaba. « Sostén esta cabeza » le dijo á un criado, porque es la mas fuerte de la Francia. » Su sosiego no se alteró un instante, ni aun con la visita de su adversario Barnave, antes bien manifestó á su vista una dulce satisfaccion. Espiró el día 2 de abril de 1791. Hiciéronse unos funerales poco menos que á un monarca, y sus restos mortales fueron depositados en la iglesia de Sta. Genoveva, erigida en Panteon con el lema de « *A los grandes hombres la patria reconocida.* »

Un hombre que lo era tanto no podia menos de tener admiradores y enemigos. Estos últimos le han acusado de que se habia vendido al partido de la corte. No nos toca á nosotros decidir esta cuestion en el sentido odioso que quiere dársela. Lo único que podemos asegurar, porque así lo dice Bouillé, es que recibia todas las semanas una suma considerable porque no persiguiese á la corte, y el mismo Mirabeau estaba muy distante de negarlo, pues decia claramente. « Yo soy pagado, pero no estoy vendido. »

CAPITULO II.

Convocacion y apertura de los estados generales. — Discusion sobre la verificacion de poderes y sobre la votacion por estamentos ó por individuos. — El estado llano se declara asamblea nacional. — Ciérrase el salon de los estados y pasan los diputados á otro local. — Juramento del juego de pelota. — Sesion real de 23 de junio. — Continua la asamblea sus deliberaciones, á pesar de las órdenes del rey. — Reúnense definitivamente los tres estamentos. — Primeras operaciones de la asamblea. — Agitaciones populares en Paris. — Guardias franceses libertados de la carcel por el pueblo. — Intrigas de la corte y aproximacion de tropas á los alrededores de Paris. — Exoneracion de Necker. — Jornadas del 12, 13 y 14 de julio. — Toma de la Bastilla. — Viene el rey al seno de la asamblea y desde allí marcha á Paris. — Vuelta de Necker.

Iba acercándose por fin el momento de la convocacion de los Estados generales, y no pudiendo dudar los dos primeros estamentos del riesgo que les amenazaba, trataron de unirse con la corte y agruparse al rededor de los príncipes de la fami-